Carlos Reboratti.

Ambiente y sociedad. Conceptos y relaciones.

Buenos Aires: Ariel (2000).

El libro que aquí se comenta ya tiene algunos años de circulación; sin embargo, ello no ha significado que con el transcurso del tiempo haya perdido vigencia. Por el contrario, su enfoque histórico, la revisión crítica de conceptos y su lenguaje sencillo permiten al lector no especializado introducirse fácilmente en un tema que —con algunos vaivenes— ha mantenido su actualidad durante varias décadas, pero respecto del cual muchas veces se hacen aseveraciones que se fundan más en “creencias” que en reflexiones críticas en torno al mismo. El propio autor en su introducción señala que “en el tema del ambiente y la sociedad, tal vez tenemos demasiadas apreciaciones que se toman como verdades reveladas y pocas posiciones que reflejen una saludable duda y una posición crítica”. De esta forma, a lo largo del libro, el autor entrega al lector aquellos conceptos básicos necesarios para introducirse en la problemática ambiental, logrando —a través de un estilo simple— comunicar la complejidad del tema y abrir muchas interrogantes hasta hoy no resueltas. Sin duda el autor deja entrever, así, su condición y larga trayectoria como docente.

La revisión conceptual parte por buscar una definición para “ambiente”, término al cual el autor confronta otras ideas como

“naturaleza”. En la medida que analiza distintas definiciones, plantea también algunas interrogantes, como la siguiente: si la diferencia entre ambos conceptos es que el primero incluye los elementos que han sido alterados por el hombre y el segundo sólo aquellos que no han sido tocados por éste, ¿el hombre está dentro de la naturaleza o fuera de ella? En relación con lo anterior, ¿cuál es la diferencia entre natural, salvaje y artificial? ¿Puede un parque público permitir el reencuentro del hombre urbano con la naturaleza?

Interesante resulta, asimismo, la revisión de este tema a la luz de distintas tradiciones culturales. Así, en referencia a la cultura occidental, el autor señala que “implícita o explícitamente, en la mayor parte de su historia el hombre se sintió ajeno a esa naturaleza, viéndola ya sea como un recurso a utilizar, como un enemigo o como un modelo de equilibrio”. En cambio, “las tradiciones orientales [...] tienden a considerar al hombre y la naturaleza (o los elementos naturales) como un solo conjunto. Incluso en algunos se las puede considerar ecocéntricas, dado que toman a la naturaleza como punto de partida”. Por cierto, estas distintas percepciones de la posición del hombre en su entorno conllevan diferentes ideales de desarrollo, como consumismo *versus* no consumismo; sin embar-

go, el autor se pregunta cómo es que justamente entre los pueblos que practican las religiones orientales se han desarrollado “las hambrunas más espantosas y las exoliaciones más feroces del ambiente”, mostrándose crítico frente a la explicación de los ambientalistas que dicen que ello se debe a la negativa influencia de la civilización occidental. Si bien después no se vuelve explícitamente sobre el tema, el análisis posterior de lo que se debe entender por desarrollo sostenible en un marco global e integral parece entregar una respuesta a esta interrogante. En efecto, más adelante se señala que los esfuerzos aislados por lograr un desarrollo sostenible, por ejemplo a escala local, no son suficientes si ello no se replica a niveles territoriales superiores.

Por cierto, el autor —geógrafo argentino de vasta trayectoria— no podía dejar pasar el tema de las escalas. Ellas son analizadas tanto en su dimensión temporal como espacial. Así, desde un punto de vista temporal, contraponen las escalas que se refieren a la actividad humana *versus* las que se refieren a los ciclos de la naturaleza. Sostiene que las reducidas escalas que maneja el hombre en relación con su propia vida o historia no le han permitido comprender las escalas de su ambiente, llevándolo a su propia escala y medida sin considerar la dinámica y ritmos de los procesos naturales. Esta “ignorancia”, en palabras del autor, lleva “a correr riesgos ambientales que podrían ser totalmente previsibles”. En una dimensión espacial, es interesante la referencia a una escala etnocéntrica, enmarcada en la relación entre la sociedad y el

ambiente. Así, el autor habla de un *continuum* que comienza con el nivel individual, sigue con el local, luego el regional, el nacional y finalmente el global. Señala que se trata de una escala basada en sucesivas agregaciones de individuos, con organizaciones cada vez más complejas y que ocupan extensiones de territorio cada vez más amplias. Ello “va aumentando su posibilidad de manejo de los recursos del ambiente y su capacidad de alterar sus características originales mediante la degradación, la contaminación y la introducción de nuevos elementos en los ecosistemas”.

Sin duda las ciudades se ubican en alguna parte de este *continuum* de creciente complejidad. Si bien el autor no hace referencia explícita a ellas cuando se refiere a las escalas, más adelante alude al “hábitat concentrado” cuando analiza el impacto de las diversas actividades humanas en el ambiente. “La gradual concentración de la población del mundo en un hábitat donde los elementos hechos por el hombre son predominantes es un hecho relativamente moderno, pero tal vez el que mejor ejemplifica los problemas de degradación ambiental [...]”. La capacidad de impacto ambiental de la ciudad se explica por la propia razón de su existencia: la proximidad espacial de sus habitantes”. En seguida el autor analiza los distintos tipos de problemas ambientales que caracterizan a la ciudad, con una mirada que se centra más en la urbe misma que en sus relaciones con otros sistemas. De esta forma, se refiere a la contaminación del aire y del agua, la degradación de los suelos

y los impactos sobre la biota. La visión de la ciudad como un problema en sí misma conduce a la idea de un destino fatal inexorable, no dejándose entrever formas de desarrollo urbano alternativas, o bien, las propias ventajas que una organización compleja como una ciudad puede llevar a cabo para abordar eficazmente las dificultades que la aquejan.

Hacia el final del libro, el autor dedica un capítulo completo al “desarrollo sostenible”, el cual aborda desde una fuerte posición crítica, que resulta absolutamente actual en nuestro medio. Al respecto, el título del referido capítulo (IX) ya es revelador: “Desarrollo Sostenible: ¿una nueva utopía?”. El escepticismo original del autor frente al concepto queda claro cuando señala que “desarrollo sostenible es [...] una meta a alcanzar, una posibilidad que aparece en el futuro y que tal vez nunca alcanzaremos”. Más adelante el lector entiende que el escepticismo del autor se funda en la contradicción que se manifiesta entre las líneas de pensamiento económico prevalentes en el mundo, enmarcadas en la teoría neoliberal del libre mercado y “el deplorable estado socioambiental del mundo [que] se debe justamente a la actividad ‘espontánea’ de individuos o grupos económicos que no son controlados por la sociedad”. Agrega que “los problemas ambientales exigen una planificación nacional y regional, y esta planificación (a la que se le puede dar cualquier nombre si su nominación original parece demasiado urticante) no puede de ninguna manera ser reemplazada por el llamado ‘libre juego de los mercados’”.

Más adelante el autor adopta una postura más positiva frente al concepto de desarrollo sostenible, intentando su reedificación sobre una racionalidad que permita su aplicación operativa. Así, concibe el desarrollo sostenible en términos amplios desde un punto de vista de la escala territorial a considerar, es decir, la decisión de utilizar o no un recurso no puede fundamentarse sólo en su disponibilidad, necesidad de uso o impacto a nivel local, sino que debe tomar en cuenta un contexto mayor, ya sea regional, nacional o global. “La sostenibilidad del desarrollo se basaría en las necesidades de la sociedad y sus relaciones con el ambiente, definidos ambos en términos amplios y no en la sostenibilidad *per se* del ambiente y de las comunidades locales”. Si bien esto lleva al autor a señalar que los Estados no se pueden desentender de sus responsabilidades descentralizando todo sin asumir ninguna responsabilidad, no

es menos cierto que la no consideración de las comunidades locales puede reforzar disparidades socio-territoriales y, según sea el caso, atentar—entre otros—contra la diversidad cultural y biológica, por lo que parece más adecuada una mirada integral, que posibilite un análisis transversal de las distintas escalas territoriales, sin necesidad de subordinar unas bajo las otras.

Finalmente, el autor recomienda que el Estado adopte una política activa ante los problemas ambientales, la cual debiera ser fundamentalmente preventiva y, por ende, basarse en conocimientos sólidos acerca de los fenómenos y procesos ambientales. Ello significa que tendrá que relacionarse con universidades y ONGs, buscando visiones amplias e interdisciplinarias. “El conocimiento de los temas podría generar una política ambiental profunda y continuada, dejando de lado las de tipo esporádico y cíclico,

que solamente son respuestas puntuales a problemas coyunturales y no tratamientos sostenidos y prolongados que van al fondo y no a la superficie del tema”.

En síntesis, el libro tiene el valor de presentar en forma sencilla y sucinta un tema complejo, que se ha mantenido en el ámbito del interés público durante al menos los últimos 30 años de nuestra historia. Si bien el autor no deja de plantear su posición personal frente a cada uno de los problemas que aborda, entrega los suficientes elementos de análisis para que el lector asuma su propia perspectiva frente a ellos, invitándolo a una reflexión crítica que en muchos casos despertará su interés por seguir profundizando en la temática planteada.

*Claudia Rodríguez Seeger**

* Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: crodrig@uc.cl